

Conversación con Horacio Caride Bartrons

Conversation with Horacio Caride
Bartrons

Buenos Aires, 1961. Arquitecto, Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, Universidad de Buenos Aires, 1988. Estudios de posgrado en Historia de América, Facultad de Historia y Geografía, Universidad Complutense de Madrid, 2001. Doctor de la Universidad de Buenos Aires en Ciencias Sociales, 2014. Desde 2016, profesor titular regular de Historia de la Arquitectura y el Urbanismo, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad Nacional de La Plata. Desde 2013 es profesor titular de historia del Diseño Industrial, Carrera de Diseño Industrial; desde 2011 de Introducción al Diseño y la Arquitectura Moderna, y desde 1995, profesor adjunto de Historia de la Arquitectura y el Urbanismo, Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, Universidad de Buenos Aires. Fue profesor y tutor en las maestrías de Gestión Ambiental Metropolitana y Lógica y Técnica de la Forma y codirector de la Maestría en Historia y Crítica de la Arquitectura, el Diseño y el Urbanismo. Es director de la Sección de Estudios Históricos e investigador principal del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas "Mario J. Buschiazzo", editor y miembro del consejo editorial de Anales, FADU UBA y del Instituto HiTePAC, FAU UNLP. Ha dictado cursos y conferencias en Argentina, Iberoamérica, Estados Unidos y Europa y publicado diez libros y más de cincuenta artículos de su especialidad. En 2017 ha sido distinguido con el premio "Mención Académica" como docente de la Universidad de Buenos Aires.

Horacio Caride Bartrons



Teresa Pérez: Horacio, gracias por aceptar esta invitación, ya casi finalizando una semana intensa con los estudiantes de la Maestría en Crítica y Proyecto Arquitectónico Avanzado que se está dictando en nuestra Facultad. Esta mañana tuvimos la oportunidad de escucharte en la Conferencia “Lugares del mal vivir, Buenos Aires, 1875-1936”, que fue el tema de tu tesis doctoral y nos llamó la atención esta apertura a otras áreas de investigación, que pudieran parecernos un tanto extrañas en el abordaje de la historia urbana. En esta conversación quisiéramos que nos amplíes el conocimiento acerca de tu vida profesional, las líneas de investigación que has seguido y cuáles son tus intereses académicos actualmente.

Horacio Caride: Voy a tratar de sintetizar. Pertenezco a la generación en que no se cursaban posgrados; como dice el poema de Machado, sólo “se hacía camino al andar”. Pero el asunto es que en un momento dado, para seguir trabajando en lo que a uno le gusta, tiene que seguir estudiando. Yo tuve la suerte de tener grandes maestros, entre ellos, Jorge Enrique Hardoy, con quien trabajé; una persona que conformó un nuevo campo de conocimiento en América Latina; de profesión arquitecto con maestría y doctorado en la Universidad de Harvard, en los años 60, una cosa impensada en ese momento, que llegó a alcanzar un prestigio a nivel internacional. Fue fundador de la Sociedad Interamericana de Planificación y llevó la problemática de las ciudades históricas al campo profesional. Yo tendría unos dos o tres años de haber recibido el título de arquitecto, cuando ingresé a trabajar en el Instituto Internacional de Medio Ambiente y Desarrollo, un organismo no gubernamental, donde tomé contacto con muchos temas; Hardoy me enseñó ese modo de trabajar, así que para bien o para mal terminamos siendo todólogos. Hoy por hoy me da hasta un poco de vergüenza, de pudor, cómo puede ser que uno aborde varios temas, soy

historiador urbano, trabajé en diagnósticos ambientales y he asesorado planes urbano ambientales.

Florencio Compte: Lo que tú dices no es casual y sucede cuando se va definiendo el campo de estudio, surgen campos nuevos y puede haber esas dispersiones; es lógico que se dé.

HC: Curiosamente en América Latina, me citan con mayor frecuencia en el campo de la ecología urbana que en el campo de la historia urbana. Trabajé durante muchos años, en la década de los 90, en diagnósticos ambientales urbanos y publicamos finalmente, con María Di Pace, psicóloga, dos libros, compilaciones únicas en América Latina, *Ecología de la Ciudad* en 2004 y *Ecología Urbana* en 2012; además publicamos una guía ambiental para organismos no gubernamentales y otros varios libros sobre la problemática ambiental en América Latina, incluyendo metodologías que son replicadas ahora por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

Esto forma parte de mi paso por el Instituto donde trabajé desde el 91 hasta el 2005 ó 2006, fueron casi 15 años; Hardoy murió en el 93, pero esos dos años que trabajé con él fueron muy intensos. Tenía una visión muy amplia de la ciudad, abordaba temas de infancia, de historia urbana, etc. En su tesis doctoral trató sobre el diseño de las ciudades precolombinas, fue el primero en hablar de urbanismo *en ciudades* precolombinas. En el libro que se publicó *post mortem*, yo fui el editor; estaba trabajando con él cuando murió y quedé como una especie de heredero intelectual.

Después seguí trabajando en otras áreas, mi experiencia laboral todos estos años fue en barrios carenciados, en villas miserias, me hice en el ámbito académico trabajando con barriadas muy pobres, con gente con muchas necesidades. Mis obras no son las obras de las revistas, mis obras como arquitecto fueron pequeños dispensarios, pequeños comedores infantiles, solucionar problemas de necesidades muy locales, nada que mereciera ser publicado en una revista de Arquitectura.

TP: Hardoy y Segre hicieron algunas publicaciones juntos; ¿con Segre tuviste algún contacto?.

Horacio Caride: Yo trabajé con Roberto Segre, fuimos muy amigos; hicimos un libro digital sobre la historia urbana de Buenos Aires que todavía da vueltas por ahí. Murió de la manera más absurda que puede morir una persona, era un personaje querible o asesnable porque no tenía punto intermedio; Roberto era de los dos extremos. Durante varios años vivió en Cuba y luego terminó en Brasil. Tenía su doctorado en la Habana, pero para ser profesor en Brasil, le obligaron a hacer un segundo doctorado porque no les gustaba el que había realizado en la Habana; en su tarjeta ponía Roberto Segre, doctor al cuadrado.

T.P. ¿Cómo iniciaste la vida académica?

HC: La vida me llevó a participar en un concurso en la Universidad de Buenos Aires sobre historia del diseño y allí ganó mi propuesta pedagógica; ahora soy titular de historia del diseño industrial en Buenos Aires y gané otro concurso en la Universidad Nacional

de La Plata como profesor titular, con lo cual ahora también viajo regularmente a La Plata. Pero en realidad mi pasión siempre fue la investigación; el doctorado, como hablábamos con Florencio, es un título que se necesita para seguir trabajando, pero no te cambia la vida. A mí me molesta mucho cuando me llaman por el título, nunca me gustó que me dijeran arquitecto y ahora me gusta, aún menos, que me digan doctor.

Vos me preguntabas por las líneas de investigación, estamos trabajando en temas como el que vieron hoy en la conferencia. Dirijo un área de investigación en el Instituto de Arte Americano; soy principalmente un historiador urbano, siempre me apasionó, desde que tengo uso de razón; obviamente, también me encanta diseñar, yo amo profundamente mi profesión y no me imagino siendo otra cosa en la vida. Incursionar como arquitecto en el mundo de los historiadores es muy duro, te miran siempre por encima del hombro; al presentarme como arquitecto pedía disculpas por mi trabajo como historiador urbano, hasta que un buen día mi directora de tesis me hizo caer en cuenta de que estaba equivocado, quienes historiamos el espacio urbano tenemos cosas que decirle a los historiadores políticos, a los historiadores intelectuales, a los económicos; por eso yo digo que siempre hago una historia cultural de la arquitectura o una historia cultural de la ciudad. En todos estos años aprendí que en la historia nunca hay una sola explicación para determinado fenómeno, siempre es multicausal; vos lo miras por un lado y es una cosa, lo miras por otro lado, es otra. Yo no digo que voy a reinventar la historia lo que, humildemente, digo es que poniendo el espacio en un lugar protagónico, iluminas cuestiones que la historia social, la historia de formación, la historia política o la historia económica no pueden ver.

TP: Siempre he tenido la impresión de que la historia es una disciplina incomprendida, principalmente por los estudiantes de arquitectura. Debe ser difícil para el docente que no se le otorgue la importancia que merece.

HC: La historia no le gusta a nadie, es un fenómeno universal, y ¿quién tiene la culpa? ¿los estudiantes? No, la tenemos nosotros, los profesores de historia. Yo creo que hay muchas cosas por hacer. Sobre todo mi generación tiene que dejar de pelearse con la tecnología, con los celulares y con todo lo digital, tiene que asumir el cambio para poder atraer a los estudiantes. Yo ya he asumido esta situación; cuando percibo falta de atención digo, “a ver, me pueden buscar en Wikipedia qué quiere decir tal cosa”. Hay que aprender de los chicos más jóvenes, no te puedes pelear más con esas cosas, hay que tomarlas tal como se presentan y eso no tiene vuelta atrás.

Por otro lado, se deben renovar los objetos de estudio y las fuentes. Nosotros estudiamos historia con libros y esos libros son una selección de temas que hizo un autor en un momento determinado con intereses determinados y con objetivos determinados. Hay un canon de la historia de la Arquitectura y tenemos la oportunidad de que se rompa o se desarme porque está internet y éste es un aliado. Al iniciarme como docente, soñaba con dar una clase sobre las siete maravillas del mundo porque era un tema que me apasionaba, cómo se llegó a constituir esa lista, por qué se realizó esa lista; sin embargo, no tenía

ningún tipo de posibilidad porque era un objeto de estudio del cual no había bibliografía, todo era muy pintoresco, anecdótico, no había nada serio. Cuando tuve internet con banda ancha y pude manejar bien un *power point*, la primera clase teórica que hice fue sobre las siete maravillas del mundo antiguo; ahora tengo como siete versiones, con introducción con música, sin música, la que quieran. Con respecto a las fuentes de estudio, tengo predilección por el cine; les muestro desde películas de ciencia ficción hasta una película de Woody Allen de los años 80; el cine ya no es más una fuente de segunda. Yo puedo dar una clase de historia o de arquitectura con películas de Hollywood, acompañado de varios planteamientos o hipótesis. ¿Por qué no trabajar con lo que los estudiantes tienen a su alcance? Tal vez la primera vez que un estudiante escuchó hablar de Egipto fue viendo *La Momia*, entonces, ¿por qué no incorporar el cine al aula de clase? Yo tuve buenos maestros, tuve maestros más o menos y gente que quiero olvidar de mi vida; trato de ponerme en el lugar del alumno y recordar las cosas que sentía; muchas de mis clases son respuestas a las curiosidades y a las dudas que tenía cuando era estudiante.

Vos me preguntabas en que estoy trabajando hoy día; sigo trabajando en mis amados objetos de estudio marginales, dirijo un equipo que se llama el área de estudios heterotópicos en homenaje al neologismo foucaultiano; investigamos sobre cárceles, cementerios, teatros; hay una docente que acaba de obtener su maestría en historia con el tema de los zoológicos; otra que está haciendo su doctorado sobre cinematógrafos, una historia que siempre se trabajó desde el patrimonio pero no en lo que significó la cultura del cinematógrafo.

Sobre este último tema hay aspectos interesantes que hemos podido destacar como producto de nuestras investigaciones, el hecho, por ejemplo, que historiadores como Dave Thompson, autor del libro *“Blue, Black and White”* dijera que el cine pornográfico se inventó en la Argentina, algo similar a lo que decía el dramaturgo Eugene O'Neill en sus memorias tardías, o que el escritor George Orwell equiparara a Buenos Aires con Sodoma y Gomorra, a pesar de no haber visitado nunca Buenos Aires. ¿Qué era esta ciudad para que un británico en 1935 pusiera a Buenos Aires en esa categoría bíblica?

Ahora estoy trabajando en un tema que me está resultando apasionante, se trata del plan de estudios de historia de la arquitectura antigua y medieval. Hay como una especie de canon que sitúa —en ese orden— a Egipto, Grecia, Roma, Bizancio, la arquitectura románica y gótica; luego, más tardíamente, aparece lo precolombino que, por razones obvias, tiene otro peso en la región Andina y en Mesoamérica, a diferencia de lo que sucede en Argentina. Sin embargo, nunca se dio China, por ejemplo, nunca se dio India.

FC. Lo que pasaba en África.

HC. Me gustan estos temas, por ejemplo la arquitectura de Cartago, Siracusa, al sur de la magna Grecia y los etruscos...

FC. Eso te iba a decir, casi nadie se acuerda.

HC. Yo estoy trabajando con una bibliografía inglesa del siglo 19 y los etruscos tenían el nivel de los romanos; en ese tiempo se estudiaba arquitectura etrusca y arquitectura románica, pero ya me estoy dando cuenta cuándo cambia este canon. El paradigma científico que comienza a operar es el de Darwin; en el libro de Banister Fletcher “Historia de la arquitectura por el método comparado” escrito en 1896, se explica la historia de la arquitectura en términos darwinianos, en términos evolutivos, cosa que pareciera ser un disparate, nadie puede hablar de evolución en términos de historia del arte; sin embargo, Fletcher dice que un estilo deja huellas en el siguiente, es decir que se puede leer algo de lo egipcio en lo griego —que es verdad— se puede leer, obviamente, algo de lo griego en lo romano y de lo romano en lo bizantino y así sucesivamente. Es lo que llama Fletcher estilos evolutivos, pero también están los no evolutivos, los que no dejaron legado en culturas posteriores; en ese grupo se encuentra la arquitectura asiática y del nuevo mundo, la América Precolombina. Ese programa heredado parece que es como una especie de fuerza que no se discute, allí entro con mi investigación, quiero saber por qué estudiamos lo que estudiamos.

TP. Pero, entonces, estás abordando varios temas.

HC. Soy muy curioso, con un solo objeto de estudio no me alcanza. A nivel histórico, trabajé con el universo de lo prostibulario, que es mucho más complejo de lo que mostré en la conferencia; en el libro aparece esa mayor complejidad. Ahora estamos iniciando una investigación sobre el asilo como tipología en Buenos Aires; es una palabra que guarda distintos significados; no es como el *asylum*, en inglés, que básicamente está asociado al manicomio; hay asilos para huérfanos, ancianos, mendigos, tuberculosos, ex prostitutas, madres solteras. En Buenos Aires se hicieron asilos fastuosos, algunos terminaron siendo un misterio o se transformaron; por ejemplo, el Centro Cultural Recoleta fue un asilo de mendigos.

TP: En la conferencia, mostrabas algunas imágenes históricas de Buenos Aires, que podrían hacer sentir añoranzas por el pasado. Como arquitecto experto en patrimonio, qué opinión te merecen las intervenciones que se han dado en esa ciudad, por ejemplo, en Puerto Madero, como una de las más conocidas internacionalmente

HC: Puerto Madero es un gran ejemplo de lo que puede ser la especulación; igual tiene una codificación urbana bastante estricta que se la debemos a una urbanista ya fallecida, Odilia Suarez, quien generó toda una franja verde en el centro y envió las torres para atrás, decisión que aumentó el factor de ocupación total. Además de sitio de franca incursión inmobiliaria, Puerto Madero es un ejemplo de barrio de nuevo “riquismo”. Estar allí es una situación muy extraña, parece como otra ciudad, a pesar de los reciclajes que hizo Philippe Starck, el Faena Hotel y todo lo demás, es como el territorio del viento porque la verdad es que en la noche lo único que se percibe es el viento que sopla desde el río de La Plata, nada más. No es un lugar que me guste, prácticamente no tiene preexistencias históricas, se han conservado apenas algunas cosas. La verdad

es que no me siento muy identificado con esa arquitectura, yo soy muy urbano, me gusta la ciudad, el bar, el café; me gusta ver la gente caminar y Puerto Madero es un sector dormitorio que puede tener la ventaja de tener oficinas, y estar muy cerca de la Plaza de Mayo; sin embargo, también generó un problema porque terminó de concentrar las actividades administrativas que tenía el centro de la ciudad.

TP: ¿Fue un tema polémico en su momento? ¿Avizoraron lo que venía o simplemente fueron espectadores de lo que estaba sucediendo?.

C: No fue un tema polémico porque la arquitectura que había en Puerto Madero era una arquitectura industrial, lo único que se reformó y se mantuvo que era lo más interesante eran los docks, los conjuntos de los galpones de arquitectura inglesa de ladrillo y metal, muy roja, eso se preservó. Desde el punto de vista patrimonial no revistió demasiado problema, se celebró que se conservaran inclusive las antiguas grúas que eran como las esculturas extrañas dentro del paisaje de Puerto Madero. Buenos Aires tiene otros problemas de preservación patrimonial mucho más graves que ese, por ejemplo, la pérdida de identidad por el cambio de uso de Lavalle; yo trabajé en el Área de Protección Histórica sobre la calle de los cines y la verdad es que Buenos Aires perdió un lugar identitario; en una calle de apenas tres cuadras, se concentraba una gran cantidad de cines —algunos en edificios fantásticos—, ahora quedan muy pocos; sólo están las placas indicando el lugar donde se encontraban. La memoria colonial también ha desaparecido, lo que tenemos son réplicas y del siglo XVIII y XIX, quedan muy pocos edificios.

TP. Gracias Horacio, ya hemos terminado esta interesante conversación, te agradecemos por compartir este momento y poder darte a conocer un poco más a nuestros lectores.